

## **VERDAD, CIENCIA Y FE**

**P. Manuel Carreira S.J.**

### **El Hombre, ser Racional**

El Hombre es el *animal racional*: eso es lo que nos define como especie viviente. Esto quiere decir que, si bien somos parte del reino animal, lo que es específicamente propio del Hombre es la racionalidad. Y la racionalidad se concreta en la *búsqueda de Verdad, Belleza y Bien*. Ahí es, precisamente, donde se muestra la manera de actuar peculiar del ser humano, que no tiene ningún otro animal sino el Hombre. Ningún animal indica tener una necesidad de conocer, incluso lo abstracto, ni la necesidad de encontrar belleza y orden; nosotros sí. Y ningún animal tiene libertad para escoger responsablemente lo que hace.

El animal no busca un bien conocido de antemano, ni estudia posibles alternativas de proceder, sino que actúa por una programación instintiva que no es modificable por una decisión individual. El animal hace lo que hace y no puede hacer otra cosa; el Hombre en cambio es humano precisamente por ser responsable. Sin responsabilidad no podría haber ninguna estructura en la sociedad: se pueden dar leyes para los dueños de los perros, pero no para los perros. Y lo mismo se puede decir de cualquier otro animal. Si no se les puede dar leyes es porque no son libres ni sujetos de derechos y deberes. Aunque pueda ofender a algunos que tengan un perrito al que quieren mucho, se puede decir que un animal es, básicamente, sólo un robot maravillosamente complejo, un robot, con una programación que le hace funcionar como funciona y por eso no puede dársele una ley porque no la puede conocer, ni tiene libertad para cumplirla o no.

Es preciso insistir en que el ser humano es único y diferente de los demás animales. Sólo el ser humano puede formar una sociedad en la que hay derechos y deberes que hay que respetar y cumplir, respectivamente. Todo ello ha llegado a ser materia de discusión o a ser negado por algunas teorías filosóficas, pero nadie vive de acuerdo con esas teorías. Si alguien le dice que la libertad humana es una ilusión y que no hay verdadera libertad, dígame usted: “Yo le debo 1.000 dólares, pero como no soy libre, no se los voy a devolver porque estoy predeterminado a no devolvérselos”. Ya verá cómo cree entonces que usted es libre y que tiene responsabilidad. Lo mismo sucede cuando algún filósofo dice que el mundo entero es una ilusión que nosotros producimos en nuestra cabeza. Cuando llegue el momento del almuerzo y le traigan un buen plato, que no se lo coma, si es una ilusión. Se dicen muchas frases como afirmaciones *a priori* pero no se vive de acuerdo con ellas. Hay que vivir aceptando la realidad como es: la realidad se impone, y esto es lo que significa la búsqueda de la verdad, porque la verdad, en cuanto es una afirmación, (sólo hay verdad o mentira en una afirmación) *expresa lo que las cosas son*, de acuerdo con lo que son, y nada más.

### **La Ciencia: estudio de la materia**

Esto es lo que trata de conseguir la ciencia, conocer la realidad como es, y por eso la ciencia no admite ningún tipo de relativismo irracional, y tiene valor universal sin depender de culturas ni de la psicología de nadie. Un científico dice: “Ponga usted en un matraz tanto oxígeno y tanto hidrógeno, haga saltar una chispa eléctrica, y verá que se forma agua”. Y esto ocurre quiera o no quiera el experimentador, sea cual sea su cultura o su predisposición psicológica. La realidad no depende de mis gustos. No puede ser algo opinable lo que se comprueba en la

realidad: aunque puede haber diversas interpretaciones de los hechos, los hechos no pueden negarse ni tergiversarse.

En esto se distingue la *ciencia* de lo que llamamos hoy *humanidades*. Si en una universidad hay un edificio de Ciencias y un edificio de Humanidades, en el edificio de ciencias espero que se estudie el comportamiento de la materia que se puede comprobar con algún experimento. Cualquier persona en las mismas circunstancias y partiendo de las mismas condiciones debe conseguir el mismo resultado. Eso es la base de la metodología científica y, por eso, si alguien hace una afirmación científica que de ninguna manera se puede comprobar con un experimento, decimos que está haciendo ciencia-ficción, no está haciendo ciencia. Y si alguien dice que ocurre tal cosa en el laboratorio, y otro -siguiendo la misma metodología- no puede reproducir el resultado, entonces no se le acepta. En EEUU hay una revista jocosa titulada “*La revista de resultados no reproducibles*”, en la que se publican los experimentos de supuestos investigadores que dicen que han hallado algo que los demás no ven. Los demás se ríen de ellos y no se habla más del asunto.

Un físico en Francia, a principios del siglo XX, anunció que había descubierto una radiación especial emitida por materiales orgánicos vivientes. Otros científicos franceses confirmaron y publicaron artículos acerca de las propiedades de los “rayos N” y la Academia de las Ciencias colmó de honores al descubridor, el Profesor Blondot. Pero en otros países los demás científicos eran incapaces de detectar tal radiación. Finalmente un científico norteamericano (Wood) fue a Francia a visitar al investigador y éste le quiso demostrar lo que ocurría. Empezó sus experimentos para observar la radiación y pronto anunció ya algunos resultados positivos. El científico norteamericano le indicó errores de metodología, y finalmente, cuando se presentó una foto del efecto de un prisma de aluminio en la radiación, dejó atónitos a todos sacando el prisma de su bolsillo: lo había extraído del aparato sin que nadie se diese cuenta y quedaba en evidencia que la supuesta prueba era una ilusión. El incidente se presenta como un ejemplo de cómo la ciencia busca la objetividad, que exige la posibilidad de comprobación por cualquiera, el conocer lo que las cosas son y cómo actúan de hecho.

De ahí se originan las llamadas “leyes de la naturaleza”. No son leyes promulgadas por nadie para que la naturaleza las obedezca: son constataciones generalizadas de lo que la naturaleza hace; y por eso no son cambiables, ni dependen de ninguna cultura ni de una votación. Por ser leyes universales y objetivas la ciencia es posible. Dicho de una manera más sencilla, *las cosas hacen lo que hacen, porque son lo que son*. Lo mismo nos dice la filosofía, aunque de una manera más elegante: “*el obrar es consecuencia del ser*”, y “la naturaleza” de una cosa es su esencia en cuanto es origen de su actividad. La esencia no es cambiable, y por eso precisamente la ciencia puede hacer afirmaciones universales.

Alguien podrá objetar contra el paso de un número limitado de experimentos a una afirmación universal: “Se ha comprobado que un electrón hace eso y un segundo electrón hace eso y un tercer electrón hace eso. ¿Por qué todos los electrones han de hacer eso?”. Porque el obrar es consecuencia del ser: un electrón no tiene libertad para hacer otra cosa. Por eso toda definición en ciencia suele presentarse como una definición *operativa*. Decimos lo que las cosas son observando cómo actúan. ¿Qué es un electrón? Es algo que tiene tanta masa, tanta atracción eléctrica por una carga positiva, tanta repulsión con otra carga negativa, algo que tiene tanto *spin*... todas aquellas propiedades que ya conocemos que tiene un electrón y que ya se han estudiado. Eso define lo que es el electrón.

## **La actividad de la materia**

Concretamente, para cubrir todo el ámbito de la actividad de la materia, la física solo admite cuatro maneras de actuar: *la interacción o fuerza gravitatoria, la electromagnética, la nuclear fuerte y la nuclear débil*. De esta forma podemos definir fácilmente a la materia: *materia es todo y solo lo que puede actuar, por lo menos, por alguna de estas fuerzas*. Así podemos librarnos de todo tipo de simbolismos, de ilusiones psicológicas, de idealismos y abstracciones semejantes. Materia es todo y sólo lo que puede actuar por alguna de estas cuatro interacciones o ser afectado por ellas. Las partículas, la energía, el vacío físico, el espacio y el tiempo; todo eso es materia, porque todas esas realidades se influyen mutuamente. Materia es esto y nada más que esto. Si hay una realidad que no se puede explicar por una de estas cuatro fuerzas o con todas ellas juntas, a esa realidad no la puedo incluir dentro de los efectos de la materia, y esto es precisamente el argumento lógico que usamos para decir que *en el ser humano hay una realidad que no es materia*. Por ejemplo, ninguna de esas cuatro fuerzas me sirve para explicar lo que es una poesía, una ecuación matemática; una obligación y un sentido del deber. Esto es obvio, y puedo desafiar a cualquiera a que me diga cuál de las cuatro fuerzas explica que una poesía tenga significado y belleza.

## **La actividad humana: materia y espíritu**

Consideramos al cerebro como algo maravilloso; y ciertamente lo es, pero sus operaciones intelectuales no se describen correctamente sino con un recurso al espíritu que lo anima: podemos pensar y hacer ciencia y poesía, que no son entidades materiales. Si se dice: “No, en el cerebro solamente hay corrientes eléctricas, no hay nada espiritual”. La pregunta obvia puede ser: “Cuando usted ve un programa de televisión y lo encuentra aburrido, de una calidad inaceptable, ¿llama a la compañía eléctrica para decirle que tienen mala calidad los electrones? ¿Le echa la culpa a la compañía eléctrica o al tonto que ha hecho el programa?” De la misma forma sería absurdo decir que una poesía es muy hermosa por la calidad de la celulosa del papel o de la tinta. Tenemos que ser lógicos y no aceptar afirmaciones altisonantes y vacías de contenido que se presentan como respuestas científicas. Si es una tontería el decir que las corrientes eléctricas explican la calidad de un programa de televisión, lo es también el afirmar que las corrientes eléctricas del cerebro explican la teoría de la relatividad de Einstein. Con este modo de contrastar causas y efectos tenemos una base lógica para distinguir lo que se puede explicar en términos de materia y lo que no, que necesita otra razón suficiente no material.

Una vez aclarada esta metodología, recordemos cómo adquirimos conocimiento. La fuente más inmediata, más primitiva y necesaria, de todo conocimiento es la actividad de nuestros sentidos. De ahí que ya los filósofos durante siglos hayan dicho que no hay nada en nuestro entendimiento que no haya entrado a través de nuestros sentidos. La experiencia directa es la primera fuente de conocimiento. No nacemos con ningún acervo de ideas innatas: nuestro entendimiento, al nacer, es un papel en blanco y hay que llenar luego ese vacío con datos que se obtienen primero por los sentidos y luego por la educación, que también se recibe por medio de ellos.

## **Principios lógicos de la racionalidad**

La ciencia y, en general, el conocimiento racional, no es sólo un conjunto de datos. Los datos forman la base necesaria para el proceso ulterior de *comprender*, buscando relaciones

explicativas entre ellos, y esas relaciones se tienen que basar en los tres principios de la racionalidad: *el de identidad, el de no-contradicción y el de razón suficiente*.

El principio de identidad parece tautológico: *lo que es, es*. Pero eso implica que las cosas son lo que son y hacen lo que su naturaleza determina, permitiendo formular afirmaciones universales de que un tipo de entidad tendrá una serie de propiedades concretas.

El principio de no-contradicción, nos dice que no pueden aceptarse nunca el *sí* y el *no* simultáneamente como respuestas para la misma pregunta hecha desde el mismo punto de vista. Si alguien no acepta el principio de no-contradicción no puede ni siquiera decir algo: si yo digo “esto es una mesa” y al mismo tiempo digo también que “no es una mesa”, ya no puedo decir nada. Esto es tan básico, que se ha dado precisamente como razón —no lo ha dicho ningún teólogo sino historiadores de la ciencia— del hecho histórico de que no se ha producido ciencia en ninguna de las grandes culturas orientales antiguas. No se desarrolló ciencia en China, aunque sí tecnología, ni en la India, ni en el Japón. Porque en su modo de pensar, prevalente durante siglos, se negaba la importancia del mundo externo, de la materia, (por lo tanto, no había razón para estudiarla) y se tenía la obsesión -que todavía perdura- de que el “sí” y el “no” tenían que unirse en una síntesis superior. No se produjo ciencia, porque en estas culturas se negaba el principio de no-contradicción. No se pueden unir en ninguna síntesis el *sí* y el *no*, son totalmente incompatibles cuando se habla de lo mismo bajo el mismo punto de vista.

Es en el mundo griego donde se afirma la racionalidad basándose sobre todo en este principio, y es en el mundo cristiano donde esto se aplica incluso a Dios: “Dios puede hacer todo menos lo absurdo”. El absurdo es decir sí y no simultáneamente; por eso todo relativismo es irracional, porque va en contra de la realidad. La realidad es lo que es y no puede no serlo cuando lo es.

El tercer principio es *el de razón suficiente*. Si me pregunto: “¿Por qué brilla el Sol? ¿Por qué produce luz y calor?”, no me basta como respuesta decirme que está hecho de un material brillante, porque eso es no decir nada; ni me basta que me digan “porque hoy es sábado”. Me tienen que dar una razón suficiente que tenga una conexión lógica con lo que estoy preguntando

Durante siglos no se supo por qué brilla el Sol. Sólo en el siglo XIX llegaron a plantearse los científicos el problema de una forma seria. El Sol brilla, eso quiere decir *que está emitiendo luz y calor, energía*. ¿De dónde se obtiene? Tiene que haber algún tipo de combustible. Cuando no se conocía otra fuente de luz y calor que la combustión química, del carbón por ejemplo, se pudo hacer el cálculo. ¿Cuánto carbón tendría que quemar el Sol cada segundo para producir toda la luz y calor que produce? Es fácil calcular cuánto produce, porque el Sol emite luz y calor en todas direcciones por igual, y una esfera con el radio de la distancia de la Tierra al Sol recibiría en su superficie igual cantidad de energía en cada metro cuadrado. Me basta ver aquí en la Tierra cuanta luz y calor cae sobre 1 m<sup>2</sup> cada minuto, y entonces multiplico por el área de esa esfera y obtengo toda la producción de energía del Sol. Puedo luego preguntar a un ingeniero cuánta energía se puede obtener de una tonelada de carbón en condiciones óptimas. Y así determino cuántas toneladas habría que quemar cada segundo para que el Sol produzca toda su luz y calor. Sabemos (por las órbitas de los planetas) la masa que tiene el Sol y de ahí cuánto podría durar el proceso de combustión. Resulta que el Sol se habría agotado totalmente

en 5.000 años, que es menos que la edad de la humanidad en la Tierra. Entonces el Sol no puede producir luz y calor quemando carbón, no es una *razón suficiente*.

Fue necesario descubrir otra fuente de energía más eficiente, que es la energía nuclear. Entonces sí, se hizo el cálculo y el Sol puede haber tenido una duración de cinco mil millones de años y todavía le queda mucho por delante. Pero hay que buscar una razón suficiente: así se hace ciencia. Hay veces en que no sabemos *todavía* la razón suficiente; Por ejemplo, ¿por qué se cae una manzana al suelo? ¿Por qué van los planetas alrededor del Sol? Decimos inmediatamente: “Por la fuerza de la gravedad”. ¿Y qué es la fuerza de la gravedad? Cuando Newton propuso su ley dijo: “Todo ocurre *como si* las masas se atrajesen unas a otras”. ¿Se atraen de veras? Él dijo: “No lo sé, no hago hipótesis sobre el porqué”. Por eso se limitó prudentemente al “como si se atrajesen”. Fue Einstein el que en 1915 propuso una razón: no se atraen, sino que las masas *deforman* lo que llamamos el *espacio vacío*, y esa deformación determina órbitas que remedan lo que se afirma cuando se dice “como si se atrajesen las masas”. Y todavía no estamos seguros de que sea ésta la solución correcta. Una cosa es decir que se busca la razón suficiente —que tiene que existir- y otra es que la encontremos siempre. Pero por lo menos tenemos que buscarla y no aceptar una que no vale.

Este modo de obtener conocimiento al aplicar las leyes de la lógica —el principio de identidad, de no contradicción y de razón suficiente— nos permite conocer la verdad aun en cosas no experimentables, como en matemáticas. Las matemáticas no describen ninguna materia concreta: puedo decir “2 y 2 son 4” y me da igual decir “2 y 2 ladrillos” que decir “2 y 2 dolores de cabeza” o “2 y 2 pensamientos”. El concepto de 2 no se refiere a ninguna cosa concreta y la matemática, en consecuencia, no puede verificarse por un experimento. Solamente se verifica por desarrollo lógico y ese desarrollo lógico es la aplicación de estos tres principios. Toda la matemática es *lógica simbólica*; se utilizan símbolos para establecer relaciones cuantitativas sin referencia alguna a un objeto material concreto.

Toda la filosofía es también el resultado de un raciocinio que aplica estos tres principios; y en todo ello -tanto en ciencia como en los demás campos del conocer- la búsqueda de orden, de armonía va unida a la búsqueda de belleza, porque la belleza se ha definido clásicamente como “el esplendor del orden”. Puede decirse, y se dice muchas veces, que una teoría matemática es muy hermosa y que una ecuación es muy hermosa, porque uno ve en ella, de una forma muy sintética una serie de relaciones armónicas, y puede haber una sensación profunda de belleza precisamente en algo que es pura ciencia. Mucho más se hallará belleza en otros ámbitos, como en el de los colores y las formas, belleza formal, no conceptual exclusivamente.

## **Conocimiento por Fe**

Todo esto lo referimos al modo de conocer por experiencia propia o por raciocinio propio. Pero tal vez el 99,9 % de todo lo que sé no lo he obtenido de ese modo. No ha sido por mi experiencia directa ni porque yo lo he razonado, sino *porque me lo han dicho*. Casi todo lo que sabemos lo hemos recibido por transmisión cultural, donde nos beneficiamos de los pensamientos y de los descubrimientos y de los trabajos de miles de personas a lo largo de todos los siglos, que se nos sirven hoy en bandeja cuando venimos a estudiar a una universidad. De modo que la fuente más importante de conocimiento es lo que llamamos la *FE humana*, porque fe es *conocimiento recibido de otro*, recibido por testimonio, no el resultado de mi propia actividad, ni de mi propio esfuerzo.

Esta Fe me da certeza: si alguien dice hoy que no cree que la Tierra es redonda, decimos que está loco. Lo mismo podemos decir de otras muchas cosas que aceptamos sin vacilación. Sólo por fe humana puede conocerse toda la historia, porque el pasado ya no puede experimentarse directamente ni se puede obtener de un raciocinio lógico. Pero si alguien dice que no cree que existió Cristóbal Colón, decimos que está loco. Esta fe humana me da certeza en contra de mi propia experiencia. Mi experiencia me dice que la mesa es sólida y mi mano también, pero creo la teoría atómica que me dice que no hay ningún objeto sólido, que casi todo es puro vacío con partículas moviéndose a velocidades tremendas. Y quien no crea hoy la teoría atómica decimos que está loco. Me acuerdo de una ocasión -hablando ante universitarios- en que un estudiante de física me dijo: “Usted está hablando de fe, pero eso es en cosas de religión. En ciencia se pueden saber las cosas con certeza, pero en religión no”. Yo le respondí: “¿Usted cree en la teoría atómica?” Me contestó: “Sí”. “¿Por qué?”. “¿Porque está muy bien demostrada!”. Repliqué: “No. La cree *porque se lo han dicho*; Usted no ha demostrado nada y si le llevo al laboratorio no será capaz de demostrarla”.

De modo que debe quedar claro que la fe humana es condición necesaria, *absolutamente necesaria*, para la trasmisión cultural, y da certeza en contra de mi misma experiencia y *en cosas que no entiendo*. Si quieren un ejemplo, me gusta citar a uno de los mejores físicos del siglo XX, premio Nobel, maestro de premios Nobel, que contribuyó mucho a la mecánica cuántica: el Doctor Richard Feynman. Él dice taxativamente: “Puedo afirmar, sin miedo a que nadie me contradiga, que nadie en el mundo entiende la Mecánica Cuántica”. Yo he dado clases de Mecánica Cuántica y en el texto que usaba venían algunas frases dignas de recordar de algún físico sobre el tema que se trataba. Uno de los capítulos se abría con una frase de un científico diciéndole a un alumno: “No se empeñe usted en decir *¿cómo pueden ser las cosas así?* Son así, cálese y haga los cálculos. Si no, no irá a ninguna parte.” La Mecánica Cuántica no se entiende: funciona, pero no se entiende. De modo que tenemos en la Fe una fuente de conocimiento cierto, aun en contra de mi propia experiencia y sobre cosas que no se pueden entender, aun hablando de la materia y dentro del ámbito de la física.

### **Fe en el contexto religioso**

Cabe entonces la posibilidad de que un conocimiento que no puede obtenerse por ningún experimento ni raciocinio se nos comunique en algún momento de la historia, mediante una manifestación de la infinita inteligencia que es Dios. Si hay una prueba histórica de que hubo este conocimiento recibido de Dios, entonces tengo la máxima certeza que se puede tener, porque es conocimiento recibido de alguien que tiene conocimiento infinito y sinceridad indudable. Dios no puede engañarse ni engañar. Si puedo establecer *con certeza histórica*, por medios humanos, que Dios habló, y el contenido de su mensaje, entonces tengo un conocimiento de lo que llamamos *Revelación*, en la que se funda la Fe Cristiana. No es un cuento mitológico, ni tampoco un sistema filosófico. La Fe Cristiana es aceptar una revelación para la cual tenemos pruebas históricas. Una de las vaciedades irracionales que más frecuentemente se escuchan, es que la Fe no puede tener pruebas. La Fe *necesita tener pruebas*, porque creer algo sin pruebas sería irracional. Pero la prueba no es de mi experiencia, ni de mi raciocinio, ni del contenido revelado, sino la prueba del hecho histórico de que Dios comunicó tales verdades. Entonces tengo razones suficientes para aceptarlo y lógicamente debo aceptarlo, con *Fe divina*.

Aquí es donde la fe, en el sentido que damos en la Iglesia Católica a esta palabra, se aparta de lo que dicen muchos protestantes. Debemos ser claros en esto: el Protestantismo típico es

irracional porque va en contra de la razón humana. Comienza afirmando que -por el pecado original- el Hombre quedó *incapacitado para conocer la verdad*, por lo menos en el ámbito religioso; y si el Hombre queda incapacitado para conocer la verdad, entonces deja de ser racional, porque la racionalidad es la búsqueda de la verdad. Luego afirman los protestantes, en general, que la FE es un *sentimiento*. Yo no soy responsable de mis sentimientos, ni puedo serlo, y un sentimiento nunca es una razón. Y como no puedo controlar mis sentimientos, ¿a quién le echo la culpa si no tengo Fe?

Termina la gente diciendo algo que, literalmente, es una blasfemia: le echan la culpa a Dios: “La fe es un don de Dios. A mí no me lo ha dado. ¿De qué se queja exigiéndome responsabilidad por no tenerla?”. Eso es una blasfemia porque es acusar a Dios de injusticia. La fe, en cierto sentido que luego explicaré, es un don de Dios, pero yo soy responsable de buscar el conocimiento en que se basa mi fe. Yo soy responsable de buscar las pruebas de que Cristo existió, y que enseñó lo que enseñó, y por eso en Teología tradicionalmente se define la Fe como un *obsequio racional*, no irracional. ¿Cómo puedo yo entonces justificar mi fe en lo que Cristo enseñó? Necesito establecer dos hechos: primero, que Cristo demostró que era Dios; y segundo, que su enseñanza se ha transmitido hasta mí sin error, y estos dos hechos tienen que demostrarse también históricamente.

## **Fe y milagros**

Necesito pruebas históricas de que existió Cristo, como las necesito para tener certeza de que existió Sócrates. Y necesito pruebas históricas de lo que enseñó Cristo, como las tengo para demostrar lo que enseñó Sócrates. En ambos casos tengo que fiarme de sus discípulos. Y hay más pruebas históricas de Cristo que de Julio Cesar. También hay pruebas históricas de lo que enseñó, con testimonios de personas dignas de crédito, porque narran sus propias experiencias aun a costa de sus vidas. Y una vez que tengo este conocimiento histórico, mi fe entonces me dice que Cristo existió y además que *demonstró ser Dios con sus milagros*.

¿Qué un milagro? Un milagro es un *hecho externo comprobable por cualquiera*, crea o no crea en Cristo o en Dios, *que sólo puede atribuirse a una acción divina*. Este hecho externo tiene que exceder de una manera absoluta el modo en que ocurren las cosas según las leyes de la materia. Por ejemplo, ningún físico acepta que, porque yo le dé una orden a una serie de cosas que están sobre la mesa, va a ocurrir una reacción concreta. No va a aceptar ningún físico que porque yo le mande a un trozo de madera que se encienda, se va a encender. Ningún físico aceptará que una orden mía convertirá el agua de un vaso en vino. Sin embargo, tenemos el hecho histórico (atestiguado por testigos dignos de fe) de que Cristo dio una orden a 600 litros de agua y se convirtieron en 600 litros de vino instantáneamente. Entonces tengo algo que me indica que aquello sólo puede atribuirse a una acción directa de Dios. Si tengo testigos de que Cristo le dijo a un tullido de nacimiento: “Anda”, y anduvo, también sé que eso no ocurre según las leyes de la naturaleza, sólo puede atribuirse a la acción directa de Dios. Y si tengo testigos que me dicen que Cristo le dijo al viento y al mar: “Sosegaos”, e instantáneamente cesó el viento y se tranquilizó el mar, también sé que eso no ocurre según las leyes de la naturaleza. Por eso un milagro tiene que ser un hecho externo, comprobable por cualquiera, que no es explicable *por el modo bien conocido de actuar* de la naturaleza y, por tanto, que es una prueba de la acción de Dios. No es algo que *por ahora* no sabemos explicar científicamente, sino que se aparta de un modo obvio de la forma de actuar de la naturaleza tal como se acepta en toda nuestra ciencia.

Cristo hizo sus milagros precisamente para demostrar quién era. Al dirigirse a los fariseos, claramente se lo dijo: “Si yo no hubiese venido y no hubiese hecho cosas que nadie jamás ha hecho, no tendríais pecado. Pero las hice, las visteis y no queréis creer. No tenéis disculpa”. Así de claro se lo dijo. De modo que Cristo mismo dice que si Él no hubiese hecho milagros, entonces no hubiese sido lógico el aceptarle, pero como los hizo, el que no quiere aceptarlo no tiene disculpas.

Algunos piensan que si se aceptan los milagros la ciencia se viene abajo. Porque la ciencia –se afirma- tiene que ser capaz de predecir con certeza lo que ocurre, y si hay un milagro, entonces no se puede cumplir este principio. Parece muy fuerte la objeción, pero puedo dar un ejemplo que la invalida. Pido a la ciencia que prediga con certeza si dentro de 5 segundos el lapicero que tengo en la mano va estar sobre la mesa porque lo dejo caer, o no. No puede predecirlo, porque se trata de una decisión libre, no de un proceso meramente físico. La ciencia no se imposibilita porque no puede predecir mis acciones libres, y tampoco se viene abajo si no puede predecir las acciones libres de Dios. Si la ciencia no puede predecir ningún acto libre de nadie y, sin embargo, hay ciencia, no se hunde por no poder predecir las acciones libres de Dios. La falta de lógica es obvia. Pero Dios no es un ser caprichoso, no hace milagros para molestar a los científicos: hace milagros en un contexto claramente de valor teológico y sólo por una razón de valor teológico. Los milagros son necesarios para establecer la realidad de la misión de Cristo y de que Él es quien dice ser.

Supongamos que voy de paseo una noche y me encuentro con un señor de aspecto muy ordinario, que también está paseando por el parque. Nos saludamos y empezamos una conversación, y llegado un momento, ese señor me dice: “¿Ve usted aquella estrella que está junto a la chimenea? Yo vengo de allí”. Yo diría: “¡Ah!, qué interesante. Y ¿cómo ha venido?”. Él me contesta: “Es muy complicado, no se lo podría explicar”. Le sigo preguntando: “¿Y puede decirme cómo es el sitio de dónde viene? ¿Hay alguna forma de comprobarlo, con un telescopio?”. “No, ustedes no tienen la tecnología para comprobar nada”. “¿Y no tiene usted algún aparatito, alguna cosa especial de su tecnología para enseñarme?” “No, no tengo ninguna”. Después de una serie de respuestas de este tipo, uno se despide de él diciendo: “Bien, que tenga usted muy buenas noches”. Y piensa en el manicomio del que se habrá escapado.

Pues si viene alguien -¡el carpintero del pueblo!- y dice: “Yo tengo potestad de perdonar pecados. Yo existía antes que Abrahán. Yo soy el único que conoce a Dios; y a mí nadie me conoce más que Dios”, yo tendría que preguntarle: “Dígame, ¿puede darme alguna prueba que me lleve a aceptar todo lo que me está diciendo? ¿Puede demostrarme de alguna manera que usted es así de especial? Porque si no, usted es, simplemente, el carpintero del pueblo”. Cristo tuvo que hacer milagros para demostrar que era verdaderamente lo que Él decía ser. De esta manera se entiende que los apóstoles -que eran totalmente reacios a aceptar que alguien que se paseaba con ellos fuese anterior a Abrahán y que dijese que era el Hijo de Dios- sin embargo terminaron aceptándolo porque vieron sus milagros. Sobre todo porque vieron el milagro de su resurrección. Ellos se definieron a sí mismos como testigos de la resurrección, y lo dijeron explícitamente: “Nosotros, que comimos y bebimos con Él después que Él resucitó de entre los muertos, damos testimonio de lo que vimos y de lo que palpamos”. Y por este testimonio dieron su vida, y -en contra de todo lo que era su predisposición original según la cultura judía- le proclamaron como Hijo de Dios.

No se puede atribuir su creencia a ningún tipo de ilusión o elucubración de su modo de interpretar las cosas, porque todo su contexto cultural era opuesto a eso. Recordemos que en el

Antiguo Testamento no se menciona nunca la palabra Trinidad, sino que se afirmaba constantemente que Dios es *uno*. Que Cristo y dijese que Él era Dios, que Él era el Hijo de Dios e igual al Padre, sonaba a blasfemia, y por eso le condenaron a muerte, por blasfemia. El argumento de los que le condenaron a muerte era ese: “Siendo, como es, un hombre, se declara igual a Dios”. Y los apóstoles eran tan judíos como los que condenaron a Cristo, pero vieron las pruebas de que Cristo quería se le tomase al pie de la letra cuando decía algo, y la demostración eran los milagros, especialmente su resurrección. De otra manera no tiene explicación la propagación del Cristianismo, porque el Cristianismo es -como dice san Pablo- “blasfemia para los judíos y locura para los gentiles”. San Pablo lo comprobó cuando mencionó la resurrección en Atenas: se rieron de él y ya no querían escucharle más.

De modo que hay una base racional para la fe, y una vez que uno acepta que Cristo, como Hijo de Dios, dio unas enseñanzas concretas, entonces entra en juego el segundo significado de la palabra Fe, por el cual el acto de fe es meritorio. Si el acto de fe no fuese un acto mío libre sino un sentimiento, o si la fe me la diese Dios sin mi cooperación, no podría ser meritorio. Pero el acto de fe es meritorio porque es Fe con otro significado, que también usamos en la vida diaria.

Alguien dice: “Tengo unos dolores de espalda que me están haciendo la vida imposible, pero voy a ir a tal médico porque *tengo mucha fe en él*, porque sé que ha ayudado a mucha gente”. ¿De qué fe se habla entonces? ¿De aprender mucha anatomía del médico? No, sino de poner la vida de acuerdo con lo que él diga. Esta fe consiste en un acto libre de la voluntad: una decisión responsable basada en una confianza fundada en razones adecuadas. En el caso de Cristo también hay que llegar a dar este paso. Cristo no me enseñó una doctrina filosófica en un aula de clases; me ofreció un plan de vida. Si *decido* poner mi vida de acuerdo con sus enseñanzas, esto es un acto *de mi voluntad* aunque sea ayudado por la gracia, y un acto *meritorio* de Fe.

Así distinguimos la Fe como acto del entendimiento, como un conocimiento cierto de una verdad revelada, y como un acto de mi voluntad, para poner mi vida de acuerdo con esa verdad conocida. Entonces puedo acercarme a pedir el bautismo, y en el bautismo se me da la *Fe como regalo de Dios*. Pero el bautismo no aumenta mi conocimiento, ni es un acto meritorio de mi voluntad, sino que en él se recibe de Dios la Fe como *virtud teologal*.

¿Qué es una *virtud*? Cuando uno dice: “Esta píldora tiene unas virtudes curativas extraordinarias”, se refiere a que tiene un principio de *actividad* que va a beneficiar al cuerpo. Una virtud es un *principio activo*, y en el caso del bautismo se me da una fuente de actividad de orden divino, que me permite hacer obras de valor eterno para llegar a participar de la vida misma de Dios. Esto sólo puede ser un regalo de Dios. Por eso hay que distinguir claramente la parte humana de mi Fe y lo que es la parte de Dios. La Fe es regalo de Dios como virtud teologal, pero es responsabilidad mía como conocimiento y como acto de la voluntad (aunque siempre *ayuda* Dios con su gracia). Si no se distinguen estas tres maneras de usar la palabra Fe, se pueden decir cosas lógicamente absurdas, e incluso blasfemias.

Vemos así cómo encaja la enseñanza teológica católica dentro de la racionalidad humana. Y vemos también el proceso ascendente del conocer que va desde la ciencia de la materia a la ciencia más abstracta, a la ciencia histórica que establece el hecho de la Revelación y su contenido, y finalmente a la ciencia teológica. La teología es el estudio del contenido de la Revelación y sólo de ella. Por eso la teología nunca me va a enseñar si el Universo era caliente o frío hace tantos años, o si funciona por cuatro fuerzas o por cuatrocientas. Nada de eso se

encuentra en la teología. Ni va la teología a resolver ningún problema económico o social. *La teología me habla de cuál es el plan de Dios para nosotros, según la Revelación recibida de Cristo*. Nada más. Por eso no puede haber nunca contradicción ni conflicto entre la teología y la ciencia, como no puede haber conflicto entre la mecánica del automóvil y el análisis poético de un soneto. No puede haber contradicción porque se trata de dos cosas distintas, y cada una tiene su propia metodología limitada a su campo.

## **El Hombre en el Universo**

Se ha dicho que el cerebro segrega el pensamiento como el hígado segrega la bilis: algo patéticamente pueril y anti-científico. El pensamiento no es una secreción de nada, y por eso el pensamiento no tiene propiedad alguna material. ¿Habrá una píldora con medio gramo de pensamiento abstracto?

Lo más obvio para el ser humano es precisamente la conciencia del propio conocer. Yo podría dudar de que todo lo que percibo existe, pero -como dice Descartes- “yo no puedo dudar de que estoy dudando”; de modo que la realidad más absolutamente cierta para mí es, precisamente mi pensamiento. Se dice a veces que en el Hombre la materia se hace consciente de sí misma. Suena muy bien la frase, casi poéticamente, pero hay que entenderla correctamente y no implicar lo que no es cierto, científica ni filosóficamente. ¿Alguien es consciente de que tiene neuronas trabajando? No. ¿Alguien es consciente ni de que tiene neuronas si no ha estudiado anatomía? No. ¿Alguien es consciente de lo que hay dentro de su cuerpo? No. Aun en el caso de un dolor interno, no sabemos qué es lo que causa el dolor ni su localización exacta. Yo no soy consciente de que tengo hígado, ni de que un fenómeno concreto ocurre en el cerebelo ni de ninguna otra cosa semejante, pero soy consciente de que tengo pensamientos y deseos y decisiones,

El Hombre no es simplemente lo que puede expresarse en términos materiales y biológicos: eso es lo que menos representa lo que yo soy. Por eso es también absurdo decir que el Hombre queda totalmente especificado por su ADN. Tenemos el mismo ADN cuando nacemos y cuando morimos, y todo lo que hemos hecho en toda una vida no se archiva en el ADN. Gemelos univitelinos tienen exactamente el mismo ADN y son dos personas distintas, incluso si son *gemelos siameses*, que no pueden separarse nunca por tener órganos comunes y, por tanto, tienen también el mismo entorno y, sin embargo, tienen personalidades distintas. No caigamos en simplificaciones pueriles de lo que es el Hombre: se ha llegado a decir que se puede obtener la inmortalidad si se guarda en un laboratorio una célula del cáncer que mató a la persona. ¡Qué inmortalidad tan satisfactoria!

El Hombre no es una simple colección de células ni de productos químicos. Lo prueba el que no tenemos una sola partícula atómica en nosotros de las que teníamos hace diez años, y seguimos siendo la misma persona. De modo que el Hombre es lo que es, como entidad compleja donde lo específicamente humano se debe a la actividad espiritual, pero unida a una materia, cambiante sí, aunque no cambia la persona.

Esto es lo que finalmente da sentido a la existencia misma del Universo. El Universo comenzó a existir hace 14 mil millones de años aproximadamente, con un margen de error de menos del 10%. Esas son las cifras que hoy se aceptan por los datos más comprobados extrapolados hacia el pasado. ¿Qué va a ocurrir en el futuro? Se van a deshacer todas las estructuras y el futuro del Universo según las leyes físicas es un estado de vacío, oscuridad y frío. No hay marcha atrás,

científicamente, para esto. Cada estrella tiene una cantidad de combustible: pasado suficiente tiempo todas las estrellas se apagan cuando se les agota el combustible. Esa es la prueba de que también el Universo no puede haber existido un tiempo infinito en el pasado. Se habrían apagado ya todas las estrellas, y no hay alternativa fuera de la ciencia ficción. Pues si la ciencia me dice que toda estructura material se va a deshacer y que el futuro del Universo es vacío, oscuridad y frío, entonces, *¿para qué todo?* ¿Qué sentido tiene el Universo? Un científico muy conocido, Steven Weinberg, al final de un libro muy famoso (titulado “Los Tres Primeros Minutos”), termina con esta frase verdaderamente penosa: “Cuanto más conocemos el Universo, más absurdo parece”. ¿Por qué? Porque no tiene sentido hacer un Universo asombroso, que se desarrolle maravillosamente durante miles de millones de años, para luego deshacerlo todo.

Ni es lógico pensar que un Creador de infinita Inteligencia, Poder y Felicidad cree a la grandiosa obra del Universo porque le va a entretener el ver miles de millones de estrellas quemándose durante tiempos cósmicos. Ni tampoco el ver corretear por un planeta animales sin inteligencia ni libertad. Siendo un Creador personal, solamente puede darse como razón suficiente el deseo de compartir su felicidad con *personas* capaces de conocerle y agradecerle la existencia y, finalmente, compartir su vida.

Hay quienes dicen que el Universo, aunque se destruya, se puede reciclar. Pero un absurdo no deja de ser absurdo por repetirlo muchas veces; si hay otros ciclos en que vuelve a ser una cosa maravillosa y se vuelve a destruir, y así sucesivamente, sigue siendo una aberración multiplicada. Entonces, *¿cuál es la solución?* La solución, basada también en datos científicos, es que el Universo está -desde el primer momento- ajustado en sus propiedades para que pueda darse la vida inteligente, y una vez que se ha dado la vida inteligente, que implica una realidad no material, entonces la evolución de la materia ha cumplido su cometido y aunque se destruyan las estructuras materiales ya queda lo que es el ser inteligente que no es pura materia. Sólo entonces tiene sentido la evolución del Universo, y esto es precisamente lo que nos dicen la filosofía y la teología: el ser humano da sentido al Universo porque perdura más allá de toda evolución material.

Lo que es aún más maravilloso es que esa supervivencia del ser humano incluye a nuestro mismo cuerpo, y eso es lo que nos dice el dogma de la resurrección. Esto no lo hubiese soñado nadie, pero es lo que nos dice la revelación, sobre todo con el ejemplo de la Resurrección de Cristo. Entonces nuestra vida ya tiene sentido, y al mismo tiempo tiene una carga tremenda de responsabilidad. No hay ningún acto libre mío que no tenga consecuencias eternas, para bien o para mal, quiera o no quiera: no se puede evitar. Toda decisión mía libre va a causar un efecto eterno, para bien o para mal. Si el acto libre está de acuerdo con mi naturaleza y el plan de Dios, entonces tiene un valor eterno positivo; si va en contra de lo que es mi naturaleza y mi dignidad como hijo de Dios y el plan de Dios, entonces tiene un efecto negativo.

Recuerdo que, cuando estudié teología, dijo un profesor en clase, aduciendo argumentos lógicos, que el tomarme un helado un día de calor también tiene valor eterno, y si estoy en gracia de Dios me aumenta la gloria eternamente. Estamos acostumbrados a pensar que sólo lo que le duele a uno tiene valor para la eternidad. No es así. Si uno está en gracia de Dios todo acto libre no pecaminoso tiene valor positivo para la eternidad. Esto enriquece mucho nuestro modo de entender nuestra vida. ¡No hay nada inútil si se hace en unión con Dios! Los Santos se han dado cuenta de esto. Se cuenta de Santa Teresa de Jesús que en un momento le sirvieron una comida, un pollo asado, y que alguien con cierta malicia se puso a decir: “Vaya, vaya, qué buena vida se dan las monjas, en lugar de hacer penitencia”. Y ella contestó: “¡Cuando toca

hacer penitencia, penitencia y cuando toca pollo, pollo!”. Con las palabras de Cristo, “Quien no está contra Mí, está conmigo”, y todo lo que no nos aparta de Dios nos lleva a Él. No puede haber una visión más positiva del valor de la obra de Dios, que el Génesis subraya una y otra vez tras cada episodio de creación: “Y vio Dios que era bueno”.

La creación del Universo no puede tener como razón suficiente ningún posible beneficio para un Dios infinito. Siendo un Dios personal –inteligente y libre- solamente el encontrar relaciones con seres personales es razón suficiente para el acto creativo. El Universo está hecho para el Hombre, y el Hombre para Dios, para compartir su modo de existir –sin límites de espacio o tiempo- y gozar de su misma felicidad. La creación es un acto de amor de infinita generosidad. PORQUE DIOS ES AMOR.